

Si alguna vez Calabazar de Sagua se sintió bien rimada fue con la poesía silvestre del guajiro de la finca Natalia, Cipriano Isidró Torres, Chanito, decimista popular que llevó su espinela ocurrente a los más recónditos lugares, un riachuelo de versos que se ha quedado en la espesura de los campos, o los que todavía escuchamos entre susurros del recuerdo del elegante poeta de Las Villas.

En los albores de cada 26 de septiembre, fecha de nacimiento del bardo calabaceño, el guateque cultural a su memoria reverdece como hierba fresca, la música guajira huele a seguidilla de café o se improvisa con el acompañamiento del laúd, como lo hacía Chanito, el carretero de Ayagán, en cualquier sitio donde se posara este genio de la canturía y de las imágenes poéticas más graciosas.

Estamos ahora en este bohío medio urbano, porque las arboledas y el aroma campestre no están tan alejados de la fiesta que convida a seguir amando el verso rimado que nos legó este inmenso artista, capaz de hacer reír al campesino y al pueblerino, pues era tan pulcro en el vestir como en el respeto al público que disfrutaba sus métricas humorísticas, sea cual fuere la provocación dicharachera o erótica de pie forzado. Para quienes hemos tenido la posibilidad de encontrar algunas de esas decimas escondidas de Chanito, esas orales, esas que decía al cantío de gallo y que no están escritas en ningún libro, son joyas dignas de preservar en la historia cultural de Calabazar de Sagua, un hermoso arroyuelo lírico que nada tiene que envidiar a la cascada El Chorrerón.

Menos mal que esta mañana han llegado los poetas de siempre, ahí están Juan Espinosa o Milos, integrantes de la peña campesina que lleva su nombre, porque se extraña al carretonero Esther Moreno, amigo inseparable de canturías del elegante poeta de las villas, quien recitó un día lo que había dicho Chanito en una casa de campo. Me senté en un tahurete, adentro de la cocina, y los volcanes de harina llegaban al caballete.

Otro gran amigo de Isidró fue el mulato Baldomero Hernández, rival en la poesía del autor de novelas en décimas como Camilo y Estrella y Manuel García, el rey de los campos de Cuba, a quien en cierta ocasión ripostó en octosílabo: Baldomero, te sujetas, escándalos no permito, Calabazar es chiquito, y no caben más poetas, mira a ver si te concretas, donde no cabe mamá, ha dado luz abuelita.

Si alguna vez Calabazar de Sagua se sintió bien rimada fue por su gracia singular, Chanito, por sus décimas pícaras e ingeniosas, por su sencillez y cubanía, por su forma de cantarle al pueblo y nunca olvidar que fue debajo de una mata de ceiba, en la finca Natalia, donde un tío cultivó en él ese don de decir cosas tan simpáticas como aquella en que expresó, en décimas por supuesto. La sala se rebosó, de médicos practicantes, enfermeros estudiantes, y un cardiólogo que entró, y don Pablo se asustó, de la gente que llegaba y dijo: Si esto se acaba y la muerte nos serrucha, despacho primero a Chucha, que Chucha tiene plan jaba.